

LA PRÁCTICA DE LA HOSPITALIDAD GENERA UNA CULTURA DE ENCUENTRO

Comisión Bíblica-CLAR

Resumen:

La articulación de la historia bíblica y humana dentro de una plataforma migratoria, nos motiva a ser artífices de una cultura de cuidado y de encuentro. Este paradigma, hoy emergente, nos revela que, salir tiene sentido porque se va al encuentro, y nos conduce por nuevas realidades desde la experiencia de hospitalidad, para que arda nuestro corazón si somos en la casa común, signo visible de acogida.

1. Hospitalidad y Mundo Bíblico

En el mundo bíblico la hospitalidad es asunto primario. Su importancia se acentúa aún más por las distancias geográficas, los desiertos y las limitaciones de comunicación. En este contexto, el hospedaje podría compararse a un soporte para la sobrevivencia. Este acto, vinculado teológicamente a un acto de misericordia, supera las barreras de prejuicios, nacionalismos, menosprecio, etc. Hospedar es una acción sagrada, y no limitada a las relaciones de parentesco. Se trata de hospedar a quien lo necesita, independientemente de tener o no lazos familiares. Recibirle es asistir al mismo Dios peregrino. El rostro de quien peregrina es el mismo rostro Divino.

La Sagrada Escritura nos muestra a los ángeles del Señor peregrinando (Gn 18). La persona de fe, no espera a que le soliciten cobijo. Se adelanta, sale al encuentro, ofrece su tienda, acompañada de palabras tales como: “...si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor” (Gn 18, 4). Las/os mensajeras/os del Señor no incomodan con su presencia. Es un honor recibir a quien se empolva los pies en el caminar para llevar a cabo una misión confiada. De ahí que disponerse para albergar, servir, aliviar el cansancio, refrescar el cuerpo y sosegar el alma son ingredientes indispensables de una buena acogida. Quien ofrece una buena acogida, no regatea sus posibilidades para dar de beber, comer, y satisfacer a quien necesita un espacio para rehacer las fuerzas. Constatamos que “hospedar”, en este horizonte de interpretación, está vinculado a “juntarse”, “vivir con/en”, “habitar”, y luego “peregrinar”. Se estima prudentemente, en el contexto, tres días para la estancia de un/a huésped. Interesante que esta acogida no aguarda ser retribuida con ningún beneficio económico ni recompensa alguna. La gratuidad es el sello que distingue la hospitalidad bíblica.

2. El Primer Testamento

También Dios es hospitalidad. El Primer Testamento le presenta recibiendo a gente pobre en su casa, el templo de Jerusalén. Las personas pobres de los salmos nos muestran una escuela de hospitalidad: “Yahvé refugio mío, baluarte mío, mi Dios, en quien confío” (Sal 91, 1). Dios como hospitalario es un pastor habilidoso para preparar la mesa, ungir con óleo y hacer la copa rebosar por la abundancia, la dicha y la felicidad donde se festejan los frutos de la justicia (Sal 23, 5). Con todo, hay serios criterios para hospedarse en su casa: andar en justicia, pensar sinceramente, no dañar a nadie ni con las acciones, ni con los pensamientos ni con las palabras... (Sal 15).

3. El Segundo Testamento

El Segundo Testamento es un escenario teológico de hospitalidad. Jesús no tenía casa propia y frecuentemente recibía hospitalidad. Las mujeres lo acogían en su casa (Lc 10, 38). Importa destacar los frutos de recibirle en el seno del hogar, en la intimidad del corazón. Al hospedarle se engendra el encuentro, del encuentro brota la conversión, y de la conversión

surge la salvación personal y comunitaria. Jesús no se detiene en las condiciones de la casa para su estancia. Lo importante es que haya gente. No excluye a nadie. Su presencia recicla el lugar y las personas que le acogen. En los criterios jesuánicos hospedar es una obra de misericordia (Mt 25, 35). Recibir al/la forastera/o socialmente descartada/o es recibir a Jesús mismo. Declara bienaventuradas a las personas que le acogen sin saber a quién están acogiendo.

La virtud de la hospitalidad es elogiada por la comunidad apostólica, indispensable para la expansión del cristianismo (Rm 12, 13). Una/un huésped misionera/o es comparada/o a un ángel o a una/un santa/o (Hb 13, 2). La hospitalidad es promovida, entre las hermanas y los hermanos, sin ningún tipo de murmuración, mala cara o desagrado. María es mujer maestra de hospitalidad. Ella es la primera en acoger a Jesús, haciendo de su vientre un sagrario. Custodió la vida en su seno. Custodió la vida en su vida. Ella acogió y fue acogida por Isabel. Dichosas/os seremos si entramos en este horizonte inspirador de justicia y santidad.

4. Historia Bíblica-Historia Humana: el Fenómeno de la Migración

La historia humana y bíblica nos recuerda que el fenómeno migratorio corresponde a todos los tiempos y a todas las generaciones. La humanidad desde sus inicios está constituida por el ir y venir de personas que indican la salida constante. Ella es pues, peregrina, migrante, clandestina, en otras palabras, su razón de ser y existir es el movimiento. De esta manera, el mundo que se abre al paso de quien camina es un mundo metaforizado, donde cada elemento que encuentra es signo de otro que une a una trama.

En las últimas décadas, el fenómeno de la migración ha aumentado a nivel mundial por diferentes razones: sociales, políticas, económicas, demográficas, ecológicas y otras. Los pueblos se desplazan en búsqueda de mejores condiciones de vida, en un esfuerzo por construir un futuro más equitativo y justo para las generaciones venideras.

La movilidad está marcando contundentemente el curso de este momento histórico. La globalización de los mercados, la co-

municación, la política internacional, se encuentran entre las más recientes causas de este fenómeno que no tiene fronteras, todavía, no es así, para las personas, a quienes se les trazan fronteras, se alzan muros, se ponen barreras y se construyen políticas migratorias punitivas, no favorables para quienes migran. Muros son erigidos, niños y niñas, sin idea de lo que les pasa, caen por impactos de bombas, mujeres y hombres, agobiadas/os por la violencia y el hambre, dejan sus tierras, sus raíces, para vagar sin destino cierto, masificadas/os por una única identidad: la del desplazamiento forzado.

5. La cultura del cuidado y del encuentro

La experiencia bíblica de la hospitalidad, introduce a la persona en la dimensión del cuidado. De hecho, hospedar es sinónimo de cuidar. No puede haber hospitalidad verdadera que no esté alimentada por la dinámica del cuidado al/la otro/a. Es una actitud exigida a quienes son llamadas/os a servir (Tt 1, 8). El cuidado es expresión del amor. Es su manera de encarnarse en el mundo. El mundo, en su complejidad, clama por hospitalidad.

La hospitalidad, engendra el *encuentro*. En los evangelios, los cambios personales y comunitarios se dan porque hay encuentros (Jo 4, 1-42). Hay encuentros porque las personas se acercan a Jesús (Jo 3, 2; Mc 5, 2; 22; 27), o porque el mismo Jesús se acerca a las personas (Lc 19, 5; 21, 15; Mt 9, 9). Del encuentro brota la ética del cuidado. ¿Pero, a quién cuidar? Los textos del Primer Testamento, como hemos visto, son claros a este respecto. Ellos nos presentan las tres figuras que encarnan la realidad más vulnerable: la viuda, el huérfano y el extranjero. Los textos, muchos de ellos proféticos (Jr 7, 5-6; Zc 7, 10), no hacen solamente análisis coyunturales sobre la situación de estos personajes, sino que, proclaman necesidades y causas como imperativos éticos a los que hablan en el nombre del Señor. Más aún, afirman que sus causas son, en última instancia, la manera por la cual se conoce a Dios (Jr 22, 16).

Por lo tanto, el tema de la hospitalidad es multidimensional. Llama a una praxis que supone encuentro y cuidado de quienes están en necesidad. Ir al encuentro o acoger a quienes llegan fragilizadas/os por distintas situaciones

de vulnerabilidad, sana y dignifica a quien se acoge y a quien acoge. Es una doble vía más que una encrucijada. Por cierto, la hospitalidad que nace del encuentro y del cuidado, va más allá de las dimensiones antropológicas. Es una realidad ecológica. La naturaleza se cuida. Produce sus cambios en cada una de las estaciones para mantener cada ser. Engendra cuidado y equilibrio. Por eso mismo, hasta los salmos expresan esta dimensión tan generosa y ancha del cuidado del Señor con la fragilidad de la naturaleza (Sl 42, 1; 62, 1; 84, 4) y entre sus hijas/os (Sl 82, 3-4).

6. Un Paradigma Emergente

La tríada *hospitalidad-encuentro-cuidado*, nos empuja a un nuevo paradigma. Una manera de existir que nos devuelve a una actitud ética primigenia de la humanidad, que pide ser ensanchada en todos los seres que comparten con nosotros/os la casa común. Educarnos en la escuela de Jesús, significa, aprender la enseñanza paradójica de la Sabiduría Divina que proclama con su vida que: las/los últimas/os son las/los primeras/os (Mt 20, 16); las/los más pequeñas/os son las/los más importantes (Mc 9, 37); las/los distantes son las/os de

casa (Lc 10, 34); las/os pobres y humildes son bienaventuradas/os (Mt 5, 3-5); y que la hospitalidad con estas/os hermanas/os, es la condición de entrada en la Vida (Mt 25, 46).

Hemos dicho que el mundo clama por hospitalidad. Aún así, es fundamental aclarar que, en todas las latitudes, encontramos mujeres y hombres cuyas vidas son cantos de fiesta y de acogida para quienes se les acercan. Estas son señales inequívocas de que una nueva manera de relacionarse con la otra/o está surgiendo con una fuerza asombrosa. Sus actitudes de acogida y cuidado hacia las/os *pequeñas/os* son una catequesis viva. Su presencia nos convierte de testigos mudas/os a anunciadoras/es de un mundo sin muros, bombas o desplazadas/os. Son mujeres y hombres que fueron educadas/os en la escuela de Jesús, de un Jesús que se mueve, recorre el territorio, encuentra, visita, camina a nuestro lado.

Vemos entonces, una historia humana hecha de peregrinajes al igual que la historia bíblica, a la que encontramos llena de mujeres y hombres en búsqueda. La humanidad en sí, tiene un corazón inquieto, porque está habita-

da de un Dios que la interpela y la dinamiza a través del movimiento constante. «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (San Agustín).

7. Salir tiene sentido porque se va al encuentro

Estamos viviendo en un universo multicultural. Las culturas, que no son abstractas, ni estáticas, sino que están conformadas por personas que se encuentran y desencuentran diariamente, se dejan permear por la otredad, pintando de colores diversos a quienes habitan la tierra. Los nuevos desiertos son habitados por residentes emergentes que están tejiendo una cohesión social significativa y emancipadora. La cuestión de la relación con la/el otra/o, con la/el diferente, nos estimula a contar con su presencia, con su cuerpo, con su diversidad, a partir de aquí, se visibiliza lo que está naciendo en los acercamientos e interacciones personales y en la riqueza del mundo global en el que vivimos.

Hoy como ayer: salir, caminar, migrar, tiene sentido, porque se va al encuentro. Salir, es también una experiencia que constituye la naturaleza humana porque tiene

un aire transformador. La persona a lo largo del camino experimenta “nuevos modos” de habitar la existencia, de mirarse, pensarse y relacionarse. Migrar permite ir más allá de sí, para encontrar no sólo mejores condiciones de vida, sino, un sinfín de tierras prometidas, para acercarse a otras personas, pueblos y culturas, en donde encontrar sentido de vida, e ir al encuentro de Quien nos trasciende.

La vida humana en este sentido es camino, con un punto de partida, una meta, un trayecto y un horizonte. Caminar ayuda a actuar “fuera de pista”. Es verdad que, por una parte, quien camina hace cuentas con su trayecto, sus propias fuerzas, fatigas, planea sus paradas. Por la otra, decide correr el riesgo de salir de su zona de confort, para abrirse al paisaje de las nuevas relaciones, a lo inesperado e inexplorado, a nuevos encuentros y sensaciones, a confiar y recorrer la propia existencia.

La vida, como el caminar, nos recuerda que se hace paso a paso, recorriendo y habitando la geografía con el propio cuerpo. Quien itinera, va abriendo brechas, lógicas, esquemas, ritmos, permeando culturas, tejiendo encuentros, haciendo memoria de

los acontecimientos vividos, elaborando nuevos discursos, relecturas, hermenéuticas de la realidad, símbolos de hospitalidad que acompañan nuestro legado. Eco de esto, es Emaús.

El camino es una experiencia inédita que cuenta con un itinerario, una pedagogía transformadora, crítica, profética y esperanzadora del cuidado de la persona en su realidad. El camino es un proceso de cambio personal, un lugar pedagógico de cura, de aprendizajes mórbidos, abierto al estupear, a una mirada dinamizadora, a la libertad de pensamiento y de acción. Nos mueve a dilatar el corazón e interesarnos en la suerte de las demás personas, a acercarnos a las/los samaritanas/os que encontramos de ida y vuelta. Porque el camino es la ocasión, el *Kairós*, el tiempo pedagógico de un movimiento que vivifica, deja huella y sabor a otro sentir.

8. Hacia una Nueva Realidad desde la experiencia de la Hospitalidad

Sin embargo, valdría la pena mapear nuestras inquietudes.

¿Cuántos kilómetros tendríamos aún que caminar para dejar de ser extrañas/os y volvernos amigas/os? Así como, para sentir nuestra ciudadanía universal, para contarnos e interesarnos en lo que pasa a nivel mundial, para narrarnos los sinsabores, las buenas nuevas, el progreso solidario, para aprender de los dinamismos de saberes, de la integración cultural, de historias vividas que se vuelven narrativa e imagen colectiva, en este circular de subjetividades, comunidades y cultura que inciden en los territorios con su presencia.

El camino es colectivo, pero está hecho de identidades particulares, donde cada una/o es responsable y cuidador/a de su propia generación. Cada persona es donde habita, hilo tejedor de relaciones e interconexiones, una pieza para ayudar a construir una cultura de creación acogedora, en permanente apertura al encuentro. Pues la Sabiduría Divina se expresa y se nos hace prójima en todos los detalles de la vida.

Que arda nuestro corazón si somos signo de acogida y hospitalidad



Estemos a tiempo y a destiempo para lo que Dios quiera, para las personas, para nosotras/os mismas/os.

Que arda nuestro corazón al abrirnos al diálogo, a la amistad, mientras compartimos historias de vida, recuerdos, legados, cambios personales y sociales.

Que arda nuestro corazón en el esfuerzo físico de avanzar, porque en el camino, las personas crean entre ellas vínculos fuertes, que no podrían darse en una simple conversación.

Que arda nuestro corazón al hacernos cuerpo colectivo, compartiendo espacios múltiples, tiempos y lugares sagrados de experiencia humana-espiritual.

Que arda nuestro corazón comunitario al responder a desafíos y fronteras, a sueños y esperanzas contenidas.

Que arda nuestro corazón al hilvanar identidad, pertenencia y pasión, creando vínculos y conexiones que encaminen a un mundo sentipensante.

Que arda nuestro corazón al decidirnos a desdibujar fronteras y ser tierra de acogida, mesa compartida para que nadie que camina, se sienta en abandono.

Que arda nuestro corazón al habitar nuestra casa común, siendo sacramentos de hospitalidad en medio de la controvertida tendencia global al descarte y la exclusión.

Que arda nuestro corazón al *convertirnos* en territorio y lugar por donde la vida transita, inventa, crea y se levanta.

¡Que arda nuestro corazón al *salir a prisa al encuentro de la vida!*